

por RIGOBERTO PÉREZ VÉLEZ

Don Ramón Menéndez Pidal afirma que el *Poema de Mio Cid* fue compuesto hacia el año 1140, por un juglar anónimo de la ciudad de Medinaceli, en Soria (1). Sin embargo, con respecto a la fecha que señala el crítico español hay discrepancias, ya que, existen otras versiones. Pero en lo que todos parecen coincidir es en el hecho que la obra fue compuesta por el juglar de Medinaceli. Y se ha llegado a esta conclusión, por la extraordinaria exactitud con que describe los parajes que rodean a esa localidad, y en el hecho de que se sitúe artificialmente en ellos algunos de los episodios culminantes. Los aragonismos que ofrece el lenguaje, refuerzan esta opinión, dada la cercanía de Medinaceli a la región aragonesa (2).

Muchas personas afirman que los juglares eran meramente «artistas callejeros». Hablando específicamente del juglar que compuso el *Poema del Mio Cid*, no podríamos catalogarlo de vulgar, inducto o inculto. Afirma E. von Richthofen en *Estudios épicos medievales* que aparte de determinados conocimientos latinos, el juglar muestra huellas de la epopeya francesa (3). Richthofen considera al juglar que compuso el *Poema del Cid* como «el poeta más culto hasta el siglo XIV». A pesar que el poeta juglaresco parece desconocer la regularidad del verso y la consonancia —cosa que creemos imposible— fue un poeta culto. Conoce extensamente las

gestas francesas —que ya desde el siglo X parecen haberse difundido por España—; imita las oraciones narrativas, las anáforas y los episodios maravillosos.

Don Américo Castro en su estudio *La realidad histórica de España* afirma —hablando sobre el desconocimiento del juglar respecto a la métrica y la consonancia— que «este desconocimiento, no es creíble porque el hispano-cristiano (según nos hacen ver sus usos, lengua, literatura y arte) estaba bien enlazado con Europa, pues había tomado de ella cuanto necesitó y le fue posible» (4). Por esta razón hay que reflexionar en un deliberado apartamiento de lo culto, en una finalidad arcaizante y popularizante del juglar de Medinaceli o del lugar de donde era oriundo. En sus últimas investigaciones, Menéndez Pidal llegó a creer que el juglar era natural de San Esteban de Gormaz.

Fuera quien fuera, o fuera como fuera, es admirable el conocimiento del juglar sobre el alma y la conducta humana —singular y colectiva—, que como bien afirma Vossler da al *Poema de Mio Cid* «una fisonomía muy original, muy castellana y muy humana» (5). Don Américo Castro en *Poesía y realidad en el poema del Cid* agrega que «el plan es riguroso y revela personalidad firme en el anónimo artista» (6).

#### ORIGEN DE LA OBRA

No podemos afirmar con exactitud cuándo la obra fue compuesta. Aunque existe una gran diversidad de opiniones sobre fecha determinada, la gran mayoría de los críticos modernos se inclina a ubicarla unos cuarenta o cincuenta años después de la muerte de Rodrigo. Los críticos se han inclinado a favorecer esta idea, fundándose —entre otras razones— en hechos de la historia: Cuando el juglar cita a los personajes que acuden a las Cortes de Toledo, ni siquiera se menciona el nombre de Alfonso VII, limitándose a llamarle «el emperador». Pensaba, tal vez, que los oyentes estarían sobre aviso de quién se trataba.

También nos percatamos —en varias ocasiones—, que cuando el juglar exalta la gloria de Rodrigo Díaz de Vivar —después del segundo matrimonio de sus hijas Elvira y Sol— estaba pensando en algún acontecimiento de alguna trascendencia, como pudo haber sido el casamiento de doña Blanca de Navarra, biznieta del Cid, con Sancho II, el Deseado, hijo de Alfonso VII. De esta manera

quedaba engrandecida la descendencia del Cid Campeador. Los siguientes versos bastarían para corroborar nuestra teoría:

Ved cómo le crece la honra / al que en buena hora nació,  
que sus hijas son señoras / de Navarra y Aragón,  
y así los Reyes de España / hoy del Cid parientes son.  
¡Que todos en honra crecen / por el que en buena hora nació!  
(V. 3,772-25)

Un tercer punto sobre la fecha en que debió haberse compuesto el poema *Cantar del Mío Cid* es el vasto número de arcaísmos de que se sirve el pendolista del manuscrito de 1307. Creemos que la redacción primitiva debió desplazarse hasta el 1150 más o menos. Sin lugar a dudas, de acuerdo con la fecha ofrecida, Alfonso VIII pudo perfectamente seleccionar el poeta más idóneo, quien indudablemente, fue un poeta mozárabe. Por esa razón su lenguaje es ciertamente arcaizante y la apócope final, tanto como las vacilaciones en la diptongación pueden deberse a las dudas del poeta no diestro en el manejo del lenguaje —dialectal— más moderno. En el poema en estudio, la sintaxis es mucho más fluida que en otras obras posteriores, como por ejemplo, *El auto de los Reyes Magos* y la *Vida de Santa Oria*, de Berceo. Lo que sí es claramente observable es que en el Poema, el juglar mezcló junto a latinismos, arcaísmos y neologismos; las vacilaciones vocálicas y consonánticas son menores que en otras obras posteriores. Se nos ocurre pensar particularmente en el *Auto de los Reyes Magos* que nos da la impresión de ser una obra anterior al *Cid*.

La copia hallada, único ejemplar que se conoce del *Poema de Mío Cid*, lleva la firma de Per Abbat, a quien se considera como un simple copista y no el verdadero autor. Este monumento de la Historia fue hallado hacia finales del siglo XVIII en el convento de monjas de San Francisco, en Vivar (lugar de nacimiento de Rodrigo). Este único ejemplar fue encontrado por un erudito madrileño llamado don Eugenio Llaguno. Estaría incompleto por faltarle las páginas iniciales y otras hacia la mitad. Gracias a don Ramón Menéndez Pidal se ha podido reconstruir la obra en su totalidad, aplicando los fragmentos de la «Crónica de los veinte Reyes», que por su temática se cree son semejantes a los versos perdidos.

## POPULARISMO DE LA OBRA

El *Poema de Mío Cid* fue compuesto con los elementos populares del pueblo: ambiciones, anhelos, sentimientos. Rodrigo es el mejor elemento popular de la obra. Rodrigo Díaz —como cualquier hijo de vecino podía— ascendió de humilde infanzón que

¡Fosse a río d'Ovirna los molinos picar  
o prender maquilas commo lo suele far!

(¡Que se vaya al río Ubierna / sus molinos a limpiar,  
a tomar cuentas del trigo, / como lo suele él usar!  
(V. 3,379-80)

a conquistador de Valencia y señor de grandes tesoros y vasallos. ¿Fue doloroso llegar a la cumbre? No hay camino sin piedras. El hombre desterrado por Alfonso VI, quien picardea y engaña a los judíos Raquel y Vidas, se eleva de categoría con la conquista de Valencia; la separación de su mujer y de sus hijas queda un tanto olvidado. Continuarán las adversidades. ¡La afrenta de Corpes! Afrenta que le hunde en la deshonra. Y junto con él se hundirá Alfonso VI, ya que, fue quien casó a las hijas de Rodrigo con los Infantes de Carrión, aun en contra de la voluntad del Cid. Después de apelar a las Cortes de Toledo, después de varias luchas alcanzará, nuevamente, el reconocimiento de elevarse socialmente. El propio rey Alfonso VI lo reconoce:

El Rey entonces al Cid / de las manos lo tomó:  
—Venid vos acá a sentaros / conmigo, Campeador.  
Aquel mismo escaño es éste / que me disteis vos en don.  
Diré aunque le ducia a alguno, / que nosotros sois mejor  
(V. 3,114-17)

Probablemente, en esos versos nos encontremos frente a un antagonismo castellano, y hasta puede resultarnos un poco hiperbólico, sin embargo, más adelante encontraremos los siguientes, que matizan a los anteriores:

El Rey alzó allí la mano, / la cara se santiguó:  
—Juro por San Isidoro, / el venerado en León,  
que en todas las tierras mías, / no existe un tan buen varón.  
(V. 3,510-12)

Entonces le dijo el Rey / —Esto no me gusta, no.  
Ningún dueño puede hallar / tan bueno como vos sois.  
(V. 3,516-17)

Nos afiliamos a la teoría que la obra —indudablemente— fue compuesta por el juglar mozárabe y no por el monje de clausura que otros pretenden suponer. Vemos claramente en la obra que el autor, al encarnar la nobleza, el espíritu guerrero, el espíritu caballeresco, el prurito de la reconquista, lo hace en un hombre de la clase popular —Rodrigo Díaz, de Vivar— con sus argucias y sus astucias, que se crea a sí mismo, que es hijo de sus obras. El juglar le contrapone dos nobles —los Infantes de Carrión— quienes representan la negación de la nobleza y el afán de lucha. He aquí sus propias palabras:

—¡Cuánto que crecen las nuevas / del Cid, el Campeador!  
Si con sus hijas casásemos, / provecho haría a los dos...  
(V. 1,373-4)

Expone don Américo Castro en *La realidad histórica de España* que «la Reconquista constituyó una tarea nacional en la que participaban las masas populares y para estas masas, y desde su punto de vista, fue escrito el poema» (7).

En la obra se recogen costumbres y tradiciones propias de las clases populares: descripción de unas bodas medievales, la religiosidad, el cateo de las aves, el vasallaje, el respeto o temor del pueblo por su Señor don Alfonso (el poder real sobre el pueblo), y sobre todo, las expresiones típicas con sabor popular. Expresiones como: «Oh, Dios, y que buen vasallo si tuviese buen señor!», «Albricias, dijo Alvar Fáñez que de Castilla nos echan», «Aprisa cantan los gallos / quieren quebrar el albor», «Quiera Dios y así también lo quiera Santa María, / que yo case por mis manos / algún día a nuestras hijas», «Vos me casáis a mis hijas / no soy quien las casa yo».

«POEMA DEL MÍO CID»: OBRA DE PROPAGANDA

Bayard afirma en su *Historia de las leyendas* que *El Cid* es «poema de propaganda, y que su autor se atuvo a conocimientos humanos» (8). Sin embargo, es curioso observar que la épica tuvo desde sus orígenes ese aspecto propagandístico. En el estudio *Los godos*

y la *epopeya española* de Menéndez Pidal, hace referencia a la siguiente cita de San Isidoro: «En el ejercicio de la voz, debe cantar al son de la cítara los cantos de los antepasados, por los cuales se sientan los oyentes estimulados a la gloria» (9). No es solamente la imaginación de un héroe, sino también el vislumbrar horizontes trascendentales: la Reconquista. La propaganda de la obra puede resumirse en los siguientes puntos:

- a) el afán constante de los cristianos por la «llamada alucinante de la frontera con el moro» brindando riquezas, medros, libertades, a cambio de previsibles enfrentamientos de seguros ataques islamitas.
- b) la sobrestimación de la hombría, la audacia, el ímpetu guerrero que traería como premio la libertad de la estirpe, una condición social privilegiada.
- c) la honra, como punto capital y esencial. Aspiración máxima a la cual tendían todas las clases sociales y edades.

RIQUEZA, FAMA, HONRA

El incitar la hombría, el excitar el valor, el resplandor modélico es un acicate moral. Riqueza, fama, honra... ¿Quién no iría tras estos atributos? Sin embargo, el campesino no se hubiera decidido si no hubiera previsto la ganancia, la riqueza. El dinero ha sido y es una tentación a través de todas las épocas. El juglar —quien es un sicólogo extraordinario—, machaquea en su semi-representación épica los oídos del pueblo, su corazón, en su embotada inteligencia y, sobre todo, la menoscabada bolsa del pueblerino oyente, con las cuantiosas y frecuentes malversaciones, con los tesoros y palafreñes, con las tiendas y armaduras, con las telas de brillantes colores y exóticas, y monedas, en fin, con el riquísimo botín que consigue Rodrigo tras cada batalla.

Pero en esta empresa, no sólo se jugaba la vida, sino también la hacienda. El vasallaje, sintiéndose obligado por deber, decide acompañar al Cid Campeador, y gasta sus riquezas para proveer a la compañía. De acuerdo con la «Crónica de los veinte Reyes», Alvar Fáñez ofrece:

—Con vos nos iremos, Cid, / por yermos y por poblados,  
mientras se viva y aliente / nunca pensamos dejaros.  
Disponed de cuanto es nuestro: / las mulas y los caballos,

las riquezas que tenemos / y las ropas y hasta los paños.  
Siempre a vos os serviremos / como amigos y vasallos.  
(V. 135-39)

El fiel y leal vasallo Martín Antolínez, burgués de pro, extraña mezcla de pícaro y héroe (quien consigue astutamente un préstamo de los judíos Raquel y Vidas), se expresa más terminantemente:

Si con vos tengo fortuna / de salir bien y vivo,  
sé que el Rey, tarde o temprano, / me querrá como su amigo.  
Y si no cuanto aquí deje / no lo aprecio ni en un higo.  
(V. 75-7)

Todos aquellos que deciden acompañar a Rodrigo Díaz al destierro, se disponen a abandonar lo suyo, y todos sus soldados de lucha tienen que vivir sobre la tierra:

Mas de cuanto habéis perdido / y yo en el campo os he ganado,  
saber que a vos no daré / ni un solo dinero falso,  
pues lo quiero yo para éstos / que andan conmigo en harapos.  
Cogiendo de vos y de otros / iremos así pasando.  
(V. 1,043-6)

Y de esta manera los llamaba Rodrigo en sus pregones:

Quien quiera dejar cuidados / y enriquecer su caudal,  
que se venga con el Cid, / si le gusta de cabalgar.  
Para darla a los cristianos / quiere a Valencia cercar.  
(V. 1,189-91)

Por eso, ya le había anticipado a Martín Antolínez:

—Por fin venís, don Martín, / ¡el más fiel de mis vasallos!  
¿Cuándo he de ver aquel día / que os pueda premiar con algo?  
(V. 204-5)

como vemos en el pasaje con el abad don Sancho:

Si tengo vida y lo cuento, / éstos os serán doblados.  
(V. 251)

Y como añade más adelante:

Por un marco que gastéis, / daré al monasterio cuatro.  
(V. 260)

Posteriormente, en los versos 301-3 asegura a los que se le unen en Cardeña:

Que a vosotros, que dejáis / por mis casas y heredad  
os consiga antes que muera / poderos algún bien dar;  
y lo que en esto perdáis, / doblado os lo he de pagar.

Debemos reflexionar sobre la satisfacción con que el poeta, y quizá también el juglar, representaría estos momentos de desprendimiento de los hombres del Cid, y la emoción del héroe al ofrecer estas recompensas. No tiene nada de extraño que al correr las nuevas del héroe castellano y al escuchar los pregones de alistamiento:

Al sabor de la ganancia / no se quieren retrasar;  
muchas gentes se le acogen / de la buena cristiandad.  
(V. 1,198-9)

Suponemos que se irían a las mesnadas de Alfonso VII y de Alfonso VIII. Esta empresa envolvería peligros, sacrificios, pero honra y riqueza a la misma vez. Tierras y gloria para el imperio castellano conquistadas a punta de lanza.

Don Américo Castro afirma magistralmente que el *Poema del Mio Cid* «cuenta maravillas convivibles».

Don Miguel de Unamuno expone en su ensayo *En torno al casticismo* que: «¡El botín, tal era la preocupación del legendario Cid» (10).

Desde que ocurre la primera algara o contienda de Castejón, se deja sentir esta impresión de interés sobre el botín, y se continuará en cada batalla, en cada conquista. En los versos 474-6 se apunta:

Así ganó a Castejón / y ganó el oro y la plata  
Sus caballeros al punto / lléganse con la ganancia.

O como más adelante se señala en los versos 482-4:

Es mucho lo que allí traen; / grandes fueron las ganancias.  
Ganados en abundancia / de ovejas, y también vacas;  
muchas ropas, y también / otras más riquezas varias.

Y si nos percatamos que Rodrigo se muestra desprendido en algunas ocasiones, su primo hermano y mano derecha Alvar Fáñez no quiere participar del botín, por considerar que ha sido muy fácil ganarlo. Mera astucia. Él no recibirá parte hasta que lo gane:

que hasta no haberme sentido / contento en mi buen caballo,  
peleando con los moros / en cambates por el campo,  
la lanza bien empleada, / y a la espada meta mano,  
y me baje codo abajo / la sangre destelleando,  
y esto sea ante Ruy Díaz, / el luchador afamado,  
que no tomaré de vos / ni siquiera un cuarto falso.  
Y lo que por mí ganareis, / cualquier cosa que valga algo.  
todo lo que se reúna, / déjolo yo en vuestras manos.

(V. 499-505)

Después de una serie de conquistas, entre ellas la de Alcocer, y la de Fáriz y Gálvez, en las que se obtienen escudos, armas, riquezas y medio millar de caballos. El Cid, a pesar de haberse mostrado tan desprendido en muchas ocasiones, ha amasado ya una gran fortuna. Entonces manda a pagar las mil misas y provee a su mujer e hijas de algunos bienes, esperando algún día poderle ofrecer riquezas:

—Podéis ver cómo ante mí / con oro y con plata fina  
esta alta bota se llena / sin faltar nada, hasta arriba.  
En Santa María en Burgos, / por mí pagaréis mil misas;  
y lo que sobrare, dádselo / a mi mujer y a mis hijas.

(V. 820-5)

Y tan ricas serán, que los cobardes y orgullosos Infantes de Carrión traman casar con ellas, aunque:

podremos casar con fijas de reyes o emperadores.  
(V. 2,553)

Porque con las arras y dote de las hijas del Campeador se considerarán:

D'aquestos averes sienpre seremos ricos omnes.  
(Ricos hombres ya seremos / con lo que aquí es de los dos.)

(V. 2,552)

Las parias o tributos llegan a Rodrigo en abundancia:

El castillo de Alcocer / ya va sus parias pagando.  
Los del pueblo de Alcocer / a nuestro Cid dan las parias,  
y los de Ateca, también, / y los de Terrer las pagan.  
(V. 569-71)

El val del río Martín / le tributó también parias.  
(V. 904)

Y la misma Zaragoza / también la ha metido en parias.  
(V. 914)

El dar las parias al Cid / place a los de Zaragoza.  
(V. 944)

Monzón, Huesca, Zaragoza, el Valle del río Martín: lucha con Ramón Berenguer II, conde de Barcelona, a quien Rodrigo vence y se regocija: «Complacido queda el Cid / pues son tan grandes las ganancias.» (V. 1016.) Entre estas ganancias está la famosa espada «Colada» que vale más de mil marcos: «Ha vencido esta batalla / el Cid bienaventurado, y aquel Conde don Ramón / su prisionero ha quedado. A Colada ganó allí, / que vale más de mil marcos.» (V. 1008-10). Y el repartimiento de bienes duró tres días: «Para que cambie de acuerdo / tres días han de pasar. Mientras parten las ganancias / que fueron gran cantidad.» (V. 1030-31.) Al terminar el primer «Cantar», el colofón no es agradecimiento a Dios, no es alabanza a Rodrigo, ni elogio a los héroes, sino:

por la ganancia que han hecho, / grande, de maravillar.  
Los suyos son ya tan ricos / que ni saben qué tendrán.  
(V.1,085-86)

Con la toma de Valencia en el segundo «Cantar», que supone honra, fama y riqueza, el *Poema* por sí solo vibra de emoción:

¡Sí que son grandes los gozos / que van por aquel lugar,  
cuando el Cid ganó a Valencia / y entró en aquella ciudad!  
Los que iban a pie, los tienen / como caballeros ya,  
y el oro y la plata suyos / ¿quién los podría contar?  
Con esto quedaron ricos / todos cuantos allí están,  
y nuestro Cid don Rodrigo / su quinto mandó apartar:  
de los dineros cogidos / treinta mil marcos le dan,

y de las otras riquezas / ¿quién las podría contar?  
¡Qué alegre el Campeador / y los que con él están  
viendo en lo alto del alcázar / la enseña del capitán!  
(V. 1,211-20)

A medida que avanza el *Poema*, el Campeador se reúne con su familia, Rodrigo les participa que todo aquello es de ellas:

Entrad conmigo en Valencia, / que ha de ser nuestra morada.  
Esta heredad por vosotros / yo me la tengo ganada.  
(V. 1,606-7)

Alzan las manos al cielo / para a Dios allí rogar,  
por la ganancia cogida / que es tan buena y tan cabal.  
(V. 1,616-7)

Se pone de manifiesto que todos los que acompañaron al Cid son ricos:

Ya otorgan a don Gerónimo / la prelación de obispo.  
Se la dieron en Valencia / donde puede vivir rico.  
(V. 1,303-4)

Sobre los demás:

Los que dejaron la tierra / van de riqueza sobrados;  
a todos les dio en Valencia / el Campeador honrado  
bienes: casas y heredades / de que contentos quedaron.  
.....  
Los que después a él vinieron / también su premio cobraron.  
(V. 1,245-49)

Entre las batallas famosas se encuentra la de Yucef, rey moro de Marruecos, en la que hay una gran mortandad, tras la victoria:

Los mesnaderos del Cid / en el campo a saco entraron  
entre el oro y plata juntos / encontraron tres mil marcos,  
y de las otras ganancias / no podían ni contarlos.  
(V. 1,736-8)

Son tantas las riquezas que Minaya se fatiga haciendo el inventario del botín: entre éstas la riquísima tienda de Yucef, y que Rodrigo presentará a Alfonso VI.

Cuando los mesnaderos del Cid se presentan al rey Alfonso VI, llevando el regalo, los cortesanos pueden apreciar que:

Las ganancias recogidas / son en número muy alto;  
vinieron a ser muy ricos / allí todos sus vasallos.  
(V. 1,853-4)

Lo mismo acontece cuando el Cid se entrevista con el rey Alfonso. Todos los allí reunidos están perplejos por ver tanta riqueza:

¿Quién fue el que antes por Castilla / vio tanta mula preciada,  
y tan ricos palafrenes, / todos de tan buena andanza,  
caballos fuertes y recios / y corredores sin tacha,  
meter tanto buen pendón / alzado en tan buenas lanzas,  
escudos tan cincelados / con adornos de oro y plata,  
cendales de Alejandría, / mantos y pieles sin tasa?  
(V. 1,966-71)

Una de las batallas más significativas es la que libró el Campeador contra el rey moro llamado Búcar. Vemos en el verso 2,426 que «en la lid ganó a Tizón que mil marcos de oro vale». Luego se añade que:

Con todas estas ganancias / el regreso van tomando.  
Sabed que todos cogían / gran botín por aquel campo.  
(V. 2,429-30)

En alguna ocasión el Campeador llega a excitar con sus palabras este anhelo de riqueza, como se expresa en el verso 1,269:

Ahora ya somos ricos, / y aún hemos de tener más.

En otro momento se vanagloria de ella, como vemos en los versos 2,494-5:

Antes yo tenía poco / ahora muy rico soy.  
Tengo riquezas y tierras, / tengo mucho oro y honor.

Aún más, cuando vislumbra el campamento acampado de moros, piensa en voz alta, y ofrece a Jimena, recién llegada a Valencia:

Riqueza es que se nos viene / maravillosa y sin par.  
(V. 1,648)

Su primo hermano Alvar Fáñez se llena al exclamar ante el rey Alfonso VI:

Con salud yo lo dejé / y con riqueza sin par.  
(V. 1,399)

Estamos convencidos que la intención del poeta —por las repetidas iteraciones— no fue otra que despertar la codicia de sus convecinos, de la masa popular, para lanzarle a la pelea. Sin lugar a dudas, en las contiendas libradas por el Rey Alfonso VIII contra los moros, fueron muchos hombres del pueblo guiados por tal codicia.

#### FAMA

En su obra *España, un enigma histórico*, Sánchez Albornoz explica como el humilde labrador, por su hombría, ascendía a caballero, durante los siglos medios. Explica —quizá mejor que nadie— como un labriego por su propio esfuerzo asciende de categoría social a una posición mucho más privilegiada.

Rodrigo Díaz comenzó siendo un simple infanzón. Por su valor, tenacidad, audacia, inteligencia, logra alcanzar una posición envidiable y elevarse a la categoría de «héroe de la Reconquista». El poeta que compuso el «Cantar» lo exalta de tal forma que llega a tipificarlo, lo singulariza y lo convierte en un símbolo: espíritu caballeresco de la época y héroe nacional de la Reconquista.

Américo Castro en *Poesía y Realidad* afirma que el Campeador es un prototipo, un paradigma de hombre castellano-europeo.

El pueblo temeroso, oprimido por el mandato del rey Alfonso VI, estalla en su admiración por su héroe, en los momentos que éste marcha a su destierro:

Por verle, hombres y mujeres, / todo el mundo se asomó.  
La gente del pueblo toda / a las ventanas salió,  
con lágrimas en los ojos, / tan fuerte era su dolor,  
mientras sus bocas decían / todas solo una razón.  
—Dios mío, qué buen vasallo; — / ¡sí merece buen señor!  
(V. 16-21).

En otro renglón aparte piensan que:

el que sirve a buen señor, / a gusto vive y muy rico.  
(V. 850)

A medida que avanza el relato nos percatamos por medio de los versos 418, y 919 que el Cid ha conseguido más de 500 lanzas, y un gran número de seguidores. Resulta un poco hiperbólica la visión de los versos, 1,718/9: «Son cuatro mil menos treinta y en cabeza el Cid mandando. / A los cincuenta mil moros van a combatir ufanos.»

A veces se nos ocurre pensar que el poeta juglaresco exageró la verdad histórica. Léanse los siguientes versos:

Una alegría muy grande / hubo entre aquellos cristianos;  
sólo quince de los suyos / allí de menos echaron.  
El oro y plata que traen / apenas pueden contarlo.  
(V. 798-800)

Éste es un ejemplo que demuestra que siempre que haya contienda entre moros y cristianos, la desproporción es evidente. Mueren muy pocos cristianos. Los moros que mueren no pueden contarse. Por lo general, los cristianos siempre vencen a reyes moros, y en ocasiones se libran contiendas sin una sola caída. Pura propaganda. En la página 76, de *Historia de las leyendas*, Bayard afirma, refiriéndose al *Poema de mio Cid*, «que es *Poema de propaganda*, y que su autor se atuvo a documentos humanos» (11). Tal parece que al juglar o al poeta no le interesaba amedrentar —por eso— no menciona la baja de los cristianos. Hasta el obispo don Jerónimo enardecido por la fama entra en la lucha:

Hoy por vos dije la misa / de la Santa Trinidad;  
de mi tierra yo salí / y a vos vine aquí a buscar  
por deseo que tenía / de algunos moros matar.  
(V. 2,370-72)

Y transido de emoción, ataca con tal prurito que:

A los moros fue a buscar / donde las tiendas estaban.  
Por ser buena su ventura / y porque Dios bien lo amaba,  
al dar los primeros golpes / allí a dos moros mataba.  
(V. 2,384-6)

Más adelante continúa con tal bravura que ya en los versos 2,319 vemos que:

Acometía el obispo, / ¡Dios mío, qué bien luchaba!  
Si dos mató con la lanza, / cinco mató con la espada.

Estos sucesos se repiten a cada rato. Esto vemos en los versos 2,316-7:

Entre las filas primeras / el Campeador se entraba;  
abatíó allí siete moros, y / a otros cuatro los mataba.

Esta acción desproporcionada nos parece imposible, inverosímil. El Cid mata moros sin que aquéllos demuestren estrategia o táctica militar. Los versos 470-73 hiperbolizan:

Nuestro Cid Rodrigo Díaz / por las puertas él se entraba;  
en su mano victoriosa / desnuda trae la espada.  
Muertos yacen quince moros / a los que su espada alcanza.

También en los versos 778-9 se admira la astucia y la bravura de Alvar Fáñez:

¡Qué bien le corre al Minaya / Alvar Fáñez el caballo!  
De estos moros que aquí digo / el mató a treinta y cuatro.

Más adelante, en la contienda contra el rey Búcar, se dice que:

más de veinte son los moros / que Alvar Fáñez ha matado.  
(V. 2,454)

Sin lugar a dudas, nuestra incredulidad continúa en vertiginoso asenso cuando en los versos 604-5 se afirma que:

los vasallos del Cid / sin piedad los golpes daban;  
en un poco de lugar / a trescientos moros matan.

Toda esta exaltación de la valentía, del arrojo, de la estrategia, del poder de los cristianos, nos lleva a formular una pregunta: ¿Cuál sería la intención del poeta al no presentar a ningún cristiano novencido, muerto o herido? (salvo en raras excepciones). También se nos ocurre una respuesta. Una contestación sencillísima: *Despertar la codicia por la fama, por la riqueza, junto a la facilidad*

de la guerra contra el infiel. El juglar nos presenta un panorama ideal. Todo resulta idóneo para el cristiano. Allí no se presentan dificultades de cansancio, sed, fatiga, enfermedades, etc. Todo resulta maravilloso, edénico. Buena motivación, aunque inverosímil.

Uno de los episodios que más atrae la atención del lector es el de la lucha de los 3,970 cristianos que se enfrentan contra 50,000 moros del rey Búcar. La proporción es deforme. Pero los cristianos—super hombres— vencen sin dificultades.

## HONOR

Muchos críticos y estudiosos han calificado al *Poema del mío Cid* como el «poema de la honra» o el «poema del honor». Este calificativo de «Poema de la Honra» se lo debemos a don Pedro Salinas, calificativo empleado en un artículo de 1946, y más tarde en sus *Ensayos de literatura hispánica*, en 1958.

Aunque aceptemos que las riquezas constituían una motivación para el cristiano que participó en las luchas morisco-cristianas, tenemos que aceptar como verídico que la honra constituye el elemento primordial del Cantar. No es lucha por una honra particular, sino una honra universal que daría gloria y prez a España en todo el mundo.

En el verso 14, página 12, vemos que Rodrigo sale al exilio confortado por la siguiente idea:

Con gran honra por Castilla / entraremos a la vuelta.

Una vez que los hechos cantan por sí solos dentro y fuera de España, el poeta se enorgullece con su héroe, hasta llevar a sus propios enemigos (los del Cid), a exclamar:

—¡Qué maravilla del Cid, / que así su honra crezca tanto!  
(V. 1,861)

«Los burgueses y las burguesas», tanto como los yernos de Alfonso VI, admirados, «con gran honra lo reciben al que en buen hora nació». (V. 3,453). Esto no podía ser de otra manera, ya que:

de este modo crece la honra / a nuestro Cid Campeador.  
(V. 3,453)

En otro verso más adelante se impera:



Ved cómo crece la honra / al que en buen hora nació.  
(V. 3,722)

Y la honra no es sólo virtud que alcanza Rodrigo Díaz, sino que se extiende a vasallos, amigos, familiares y compañeros, como bien se resume en el verso 3,725:

¡Que todos en honra crecen / por el que en buen hora nació!

Después de haber llegado a la cima de la gloria, cuando Jimena, su abnegada esposa se le reúne, le dice a Rodrigo:

Gracias, Campeador, os doy. / ¡Qué bien ceñís vos la espada!  
Vos a mí me habéis sacado / de muchas vergüenzas malas.  
(V. 1,596-6)

¡Cuánto sufriría la familia de Rodrigo Díaz! Una vez desterrado el Cid, la familia quedaría deshonrada. También indefensos. Estarían condenados a sufrir las impertinencias e insultos de los enemigos de Rodrigo. Si fueron humillados, el poeta también hace referencia al desquite, como bien puede verse en el verso 1,609:

Con unas honras tan grandes / por Valencia ellas entraban.

La honra ganada por Rodrigo no siempre fue glorificada y admirada. También fue envidiada. Los Infantes de Carrión, caballeros de la primera estirpe castellana, planean casarse con doña Elvira y doña Sol (las hijas del Cid). La justificación de los Infantes, nos da una razón honrosa para Rodrigo:

Las nuevas que del Cid cuentan, / cada vez se extienden más.  
Hemos de pedir sus hijas / para con ellas casar;  
creceremos en honores, / y esto favor nos dará.

(V. 1,881-83)

Como ya expusimos anteriormente, los Infantes a pesar de pertenecer a una clase social muy elevada —razón de sobra para ser «gente honrada»— aumentarán su honra a su llegada a Valencia:

Los del Cid les dan gran honra / a Infantes de Carrión.  
(V. 2,174)

Después de haberse casado con sus hijas, Rodrigo les despide:

Cuando os fuisteis de Valencia / a mis hijas os di yo.  
Os las di con muy gran honra / y una rica donación.  
(V. 3,216-2)

En alguna ocasión nos percatamos de una sutil ironía de parte del Cid, al referirse a la honra que ha ganado su familia con los de Carrión:

¡Tal honra es la que me dieron / los Infantes de Carrión!  
(V. 2,831)

Una vez que las Cortes de Toledo declararon libres a las hijas de Rodrigo, y el matrimonio queda deshecho, aparece nuevamente la honra —esta vez verdadera— cuando se unen en matrimonio las hijas del Cid a los Infantes de Navarra y Aragón:

Con mayor honra las casa / que en la primera ocasión.  
(V. 3,721)

El Cantar de la afrenta de «Corpes» ha servido al poeta anónimo para enaltecer al hombre de pueblo y elevarlo de categoría social y moral. Sirve el «Cantar» para demostrar que el «honor» o la «honra» no es patrimonio solamente de los de las clases elevadas, sino también del hombre que no importando su condición social tiene conciencia de la dignidad humana y de la dignidad de ser hombre. Así vemos que en el combate entre los del Cid con los Infantes de Carrión, Fernando en primer orden reconoce la derrota:

Don Pedro dejó la lanza, / y allí la espada sacó;  
cuando lo vio don Fernando, / pronto conoció a Tizón.  
Antes que el golpe esperase, / dijo: Vencido ya estoy.  
(V. 3,642-44)

Algo parecido acontecerá cuando Martín Antolínez se enfrenta al Infante don Diego, quien al verse derrotado huye:

Y refrenando el caballo / de la espada se resguarda  
saliendo fuera del campo, / donde don Martín quedaba.  
(V. 3,666-7)

La afrenta de los de Carrión culminará cuando otro de los del Cid, Muño Gustioz vence a Asur González. Gustioz se adelanta a herir mortalmente a Asur, quien se encuentra herido en tierra, cuando Gonzalo Ansúrez suplica:

...¡Dejad de herirlo, por Dios!  
¡En el campo nos vencieron / cuando esta lid se acabó!  
(V. 3,691-2)

Indudablemente, el juglar anónimo enaltece su espíritu, cuando afirma en el verso 3,698:

Mucho les duele a la gente / de las tierras de Carrión.

Porque en el verso 3,703 se concluye que:

con mala fama dejaron / a Infantes de Carrión.

Y más adelante se repite que:

con gran deshonra quedaron / los Infantes de Carrión.  
(V. 3,706)

La importancia del «Cantar de la afrenta de Corpes» se resume de la siguiente manera: El rey Alfonso VI se entera de la humillación que han sido objeto las hijas del Cid, de parte de los de Carrión. Moralmente, siente la responsabilidad ante el Cid, por haber hecho el doble arreglo matrimonial con los de Carrión. Probablemente, teme que el Cid le increpe responsabilidades. Por lo tanto, el monarca cree que debe hacerse justicia y, para ello, convoca Corte en Toledo con el fin exclusivo de evaluar esta situación:

El Rey durante un gran rato / la respuesta se pensó:  
—De verdad yo te lo digo, / me duele de corazón,  
y verdad dices en esto, / tú, mi buen Muño Gustioz,  
pues fui quien casó a sus hijas / con Infantes de Carrión;  
hícelo entonces por bien, / que fuese por su favor.  
¡Ya quisiera que las bodas / no estuviesen hechas hoy!  
Al Cid lo mismo que a mí / duélenos el corazón.  
Ampararé su derecho. / ¡Así me salve el Señor!  
Esto no pensaba hacer / en ninguna otra ocasión:  
¡Por todo mi reino vayan / heraldos, y en alta voz  
que pregonen que en Toledo / Corte haré! Lo digo yo:

¡Que me tiene que ir allá / todo conde o infanzón!  
Allí mandaré que vayan / los Infantes de Carrión  
y que den justo derecho / a nuestro Cid Campeador.  
Rencor no le quede dentro, / si impedirlo puedo yo.

Decidle al Campeador, / el que nació bienhadado.  
que de aquí a siete semanas, / se prepare, y sus vasallos.  
Véngase para Toledo. / Esto les doy yo de plazo.  
Porque quiero bien al Cid, / estas Cortes yo las hago.  
Saludádmelos a todos, / y que queden consolados;  
de lo que les ocurrió, / quedarán aún más honrados.

(V. 2,553-73)

(De acuerdo con las Crónicas, se señala el año 1086 como el de las únicas Cortes convocadas por Alfonso VI, en la ciudad del Tajo. Sin embargo, nos percatamos que sería imposible que se refiera a las del Cid, ya que, para ese año el Cid todavía no había conquistado a Valencia.)